

Manuel Doblado: el negociador ante los invasores

**Por Elsa Aguilar Casas
INEHRM**

“Los anuncios de la próxima guerra que se preparaba en Europa contra nosotros, han comenzado por desgracia a realizarse [...] nuestra dignidad nacional se halla ofendida y en peligro tal vez nuestra independencia”, advertía el presidente Benito Juárez en un Manifiesto a la nación del 18 de diciembre de 1861. Eran los días previos al arribo de fuerzas armadas extranjeras a costas mexicanas enviadas por gobiernos que reclamaban a México el pago de préstamos contraídos desde años atrás y que, como toda deuda que no se paga a tiempo, había crecido. Se acercaban momentos difíciles para el país, un conflicto internacional cuando recién había concluido una guerra, la de Reforma. Para hacer frente a ese problema, el gobierno juarista requería de muchos elementos: evidentemente, de fuerzas armadas y de dinero, pero también de la diplomacia.

Uno de los muchos hombres de la política nacional que se vieron involucrados en este conflicto internacional fue Manuel Doblado quien, aunque con una breve gestión al frente del ministerio de Relaciones, mantuvo el contacto con los emisarios ingleses y españoles en busca de una solución al problema. Pero ¿quién era Manuel Doblado antes de fungir como el representante mexicano en este conflicto?

Originario de Guanajuato y abogado de profesión, Doblado era un hombre que desde joven estuvo activo en los asuntos públicos de su estado natal y luego trascendió al ámbito federal; más aún, también se sumaba a su historial el combate a las agresiones extranjeras contra el territorio nacional.

En 1847, a los 28 años, Doblado resultó electo gobernador constitucional de su estado natal, pero no tomó posesión del cargo por no cumplir el requisito de la edad mínima para ello, que era de 30 años. En ese mismo año obtuvo una curul al Congreso que, reunido en Querétaro por la presencia de las fuerzas norteamericanas en la capital del país, discutió los términos en los que se firmaría la paz con el gobierno estadounidense. La postura de Doblado fue de franca oposición a la idea de aceptar el acuerdo de paz que cercenaba al país. Sin embargo, el hecho se concretó. Firmados los Tratados de Guadalupe-Hidalgo, se unió a un movimiento opositor encabezado por el cura español Celedonio Domeco de Jarauta, el cual fue duramente reprimido por el gobierno, dejando como consecuencia la aprehensión y fusilamiento del sacerdote guerrillero. Los demás alzados lograron fugarse. A partir de entonces, liberado de cualquier cargo, Doblado se dedicó a atender diversos asuntos particulares en su calidad de abogado.

Pronto vino un viraje en la política nacional que colocó a Doblado nuevamente en la escena pública: la Revolución de Ayutla. Este movimiento, encabezado por el general guerrerense Juan Álvarez, buscaba terminar con la dictadura del general Santa Anna. Un gran número de personajes lo secundaron en varios puntos del país, entre ellos, Manuel Doblado, quien ante la situación prevaleciente decía: “Hagamos pues el último esfuerzo, unámonos como hijos de una sola familia y desaparecerán esos

gobernadores". Derrocado Santa Anna, se conformó un nuevo gobierno con los vencedores del movimiento de Ayutla, a cuya cabeza quedó Álvarez.

Doblado fue designado gobernador de Guanajuato, prestando especial atención a poner en marcha algunas reformas legislativas y administrativas en el estado. Pero el liderazgo del presidente Álvarez iba decayendo y comenzaron a surgir diferencias en el grupo, que al poco tiempo culminaron en crisis. En ese contexto, en diciembre de 1855, Doblado se manifestó en contra del gobierno emanado de la Revolución de Ayutla, en defensa de la soberanía de los estados. Su pronunciamiento aceleró el cambio de presidencia hacia Ignacio Comonfort, candidato de los liberales moderados, a quien respaldó desde el gobierno de Guanajuato.

Al producirse el golpe de Estado de 1857, el guanajuatense organizó las fuerzas liberales de la coalición de estados para defender el orden constitucional y apoyó a Benito Juárez en la formación de su gobierno. Por tercera ocasión fue mandatario interino de su estado, y más tarde logró ser elegido gobernador constitucional para el periodo 1857-1861. En virtud de la lealtad que manifestó a Juárez en la lucha contra los conservadores, se le designó ministro de Relaciones Exteriores, cargo que desempeñó de diciembre de 1861 a agosto de 1862. En qué momento tan delicado asumía el ministerio. Con tantos problemas internos, su tarea principal sería hacer frente a una crisis con potencias europeas.

¿Cuál fue el origen de esta situación que tenía a México en medio de un conflicto internacional? Concluida la guerra entre liberales y conservadores, el gobierno se encontraba en franca bancarrota, provocada en gran medida por los gastos militares y por la deuda externa. Para dar una solución a ese problema, el presidente Juárez y sus colaboradores tomaron la decisión de suspender todos los pagos de las deudas interna y externa durante dos años. Tal medida se dio a conocer el 17 de julio de 1861, claramente era de carácter extraordinario y sin duda traería consecuencias para México.

Francia, Gran Bretaña y España, los países involucrados en este conflicto, los acreedores pues, apenas se enteraron de la decisión juarista, exigieron que el decreto fuera revocado, y señalaron el 25 de julio como fecha límite para ello. Ante la negativa mexicana, los representantes diplomáticos de Gran Bretaña, Charles Wyke, y de Francia, Pierre Dubois de Saligny, declararon rotas las relaciones con México. En cuanto a la deuda con España, el presidente de México la desconocía porque ésta se había adquirido casi en su totalidad durante el gobierno tacubayista.

En octubre del mismo año, los representantes de los tres países europeos se reunieron en territorio inglés, donde concertaron una acción común para enviar a México fuerzas armadas que obligaran al gobierno mexicano a pagar las deudas contraídas con las potencias y para dar garantías de seguridad a sus ciudadanos avecindados en México. Todo esto quedó suscrito en la Convención de Londres.

Era tiempo de apelar a la diplomacia. Lo primero fue tratar de hacer entender a los europeos que la suspensión de los pagos era una medida extrema provocada por la grave situación que atravesaba México, y que era de carácter temporal. El ministro de

Relaciones, Manuel Zamacona, fue quien hizo frente, en primera instancia, a las potencias extranjeras; buscó negociar, particularmente encaminó sus esfuerzos para alcanzar un acuerdo con los británicos, al grado que promovió un acuerdo conocido como Tratado Wyke-Zamacona, pero no consiguió el resultado esperado, pues ese documento no fue aceptado por el Congreso. Como consecuencia, vino una crisis ministerial y la salida del canciller. Ante la grave situación que enfrentaba el país, urgía poner orden en el gabinete para hacer frente a la amenaza europea que cada vez se veía más cercana. Las medidas inmediatas de parte del Congreso fueron: el otorgamiento de facultades extraordinarias al presidente Juárez para resolver la apremiante situación y el nombramiento de Manuel Doblado como nuevo ministro de Relaciones.

No había tiempo; la presencia de los extranjeros era ya una realidad. El 10 de diciembre en el panorama del puerto de Veracruz ya se asomaba la escuadra española. Siete días después, se habían posesionado del fuerte de San Juan de Ulúa. El año nuevo vino acompañado de las fuerzas inglesa y francesa, que arribaron al mismo puerto. La amenaza se concretaba; los reclamantes estaban en aguas mexicanas. Y el gobierno nacional, que luego de la guerra civil se hallaba pobre, dividido y débil militarmente, ¿cómo respondería a ese ataque?

Como representantes de cada uno de los países vinieron sir Charles Wyke, por Gran Bretaña, el general Juan Prim, conde Reus, por España, y por Francia, primero, el almirante Jurien de la Gravière, quien luego fue sustituido por Dubois de Saligny. Cada uno de esos tres representantes tenía objetivos específicos. Los británicos y los españoles querían cobrar lo que se les debía, pero los franceses tenían un plan preconcebido que consistía en llevar a cabo el avance hacia la Ciudad de México para derribar al presidente mexicano, de acuerdo con las instrucciones de Napoleón III. Es de destacar la posición adoptada por el representante español, quien sin ceder en sus exigencias se mostró sensato y redactó un manifiesto en el que se reconocía al gobierno de don Benito Juárez como el interlocutor válido para resolver el conflicto.

El 20 de enero, Juárez recibió un ultimátum de los diplomáticos europeos, a lo que el primer mandatario respondió que su gobierno estaba dispuesto a negociar y a cumplir con las exigencias que fueran justas, lo cual no se aplicaba para el caso de la deuda con Francia, que había alcanzado un grado de franca desproporción por causa del negocio de los bonos Jecker.

Los encuentros y pláticas entre diplomáticos eran la única vía para llegar a un acuerdo. El canciller Manuel Doblado fue una pieza fundamental en esta etapa del conflicto. Gracias a su capacidad de negociación, logró que el 19 de febrero de 1862 se firmara entre él y el general Prim un documento conocido como los Preliminares de la Soledad, que fue ratificado por los representantes de Francia y de Inglaterra y también por el presidente Juárez.

En los Preliminares de la Soledad o Acuerdos Prim-Doblado, como también se les conoce, quedaba claramente estipulado que México tenía un gobierno capaz de hacer frente a los problemas internos, por lo que no hacía falta la presencia de fuerzas extranjeras que vinieran a “ayudarlo”, y que ese gobierno era legítimo y legal. En ese

documento se acordaba que los europeos no atacarían contra la independencia, soberanía e integridad de México, y que ocuparían las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán mientras se celebraban las discusiones diplomáticas.

Es decir, con la firma de ese acuerdo, México dejó clara su calidad de país libre y soberano. La firma de los acuerdos constituye un éxito diplomático en el sentido de que se consiguió que españoles e ingleses comprendieran la realidad mexicana y adoptaran una posición más conciliadora, además, le permitió a México ganar tiempo para organizar la defensa. Con Francia el problema había tomado otros alcances, y no estaban dispuestos a ceder un ápice hasta lograr su objetivo de derrocar al gobierno republicano e imponer una monarquía en México. De hecho, Saligny buscó convencer a Prim y a Wyke de hacer un frente común contra Juárez, a cuyo gobierno acusaban de tirano, arbitrario y violento y, más aún, se declaraban dispuestos a dar su apoyo a un sector de conservadores mexicanos encabezados por el general Juan Almonte. Prim y Wyke se manifestaban en total desacuerdo con los planes de los galos, pues ellos sí reconocían la legitimidad del presidente mexicano, además, aseguraban que los franceses estaban violando la Convención de Londres y también los preliminares de la Soledad. En esas circunstancias, el 9 de abril de 1862 ocurrió la ruptura de la alianza tripartita y los representantes de España e Inglaterra anunciaron el retiro de sus tropas.

Esta decisión fue bien recibida por el gobierno mexicano, y el canciller Doblado respondió que había disposición absoluta de entrar en pláticas con los dos países que se iban para alcanzar una solución a sus demandas. No así en el caso de Francia, con quien 10 días después iniciaron las hostilidades, es decir, iniciaba la guerra de Francia contra México. La posición del gobierno mexicano, en palabras del ministro Manuel Doblado, quedó clarísima “[...] México hará justicia a todas las peticiones justas y fundadas en el derecho de gentes, pero defenderá hasta el último extremo su independencia y soberanía, y sin aceptar nunca el papel de agresor, que nunca ha tenido, repelerá la fuerza con la fuerza y defenderá hasta derramar la última gota de sangre mexicana las dos grandes conquistas que el país ha hecho en el presente siglo: la independencia y la reforma.”